

DISCURSO del Dr. F. Castillo Nájera pronunciado en la ciudad de Lieja a nombre de todos los delegados extranjeros a las "Jornadas Médicas", celebradas en el año de 1930.

Sería una usurpación y una audacia imperdonables el haber aceptado la representación de los sabios extranjeros aquí reunidos, si mi encomienda revistiese un carácter científico y, de seguro, yo hubiera rehusado tal honor, considerándolo desproporcionado a mi obscura personalidad médica. Pero se trata de expresar nuestro reconocimiento y nuestra admiración y para cumplir esa misión sentimental basta con tener un corazón abierto a la gratitud y capaz de conmoverse ante las obras de grandeza y de hermosura.

He tenido la dicha de vivir, durante algunos años, en medio de este pueblo privilegiado, cuyas nobles cualidades he podido apreciar; me constan la fé y el entusiasmo con los que este pueblo laborioso, tenaz, inteligente y patriota, marcha por la vía del progreso hacia las cumbres de la civilización, orgulloso, al sentir que lo conduce, a sus altos destinos, un jefe cuya honradez, rectitud y grandeza moral serán, tal vez, igualadas algún día, pero nunca superadas.

También he tenido la ocasión de seguir el desarrollo de las «Jornadas Médicas», cuya importancia aumenta año por año. Tuvieron, en el curso de su X reunión que hoy clausuramos, una espléndida brillantez, digna de las otras manifestaciones con las que la Bélgica conmemora el primer Centenario de su libertad reconquistada. Para su celebración jubilar, este país ha prodigado las pruebas de su situación floreciente: dos exposiciones magníficas despliegan, ante el mundo asombrado, la abundancia de producción de una tierra admirablemente cultivada, el poder de una soberbia industria, los prestigios de un arte cargado de tradiciones y, para coronar este conjunto incomparable, los tesoros de una ciencia milagrosa.

La ciudad ardiente es la que ha tenido el privilegio de ser la sede principal de las celebraciones donde se exhiben las más preciosas conquistas del saber humano. Era natural que las «Jornadas Médicas» sobre todo, ins-

titución de origen genuinamente belga, se reuniesen, una vez más, en la ciudad hospitalaria y heroica de las orillas del Mosa.

Permitidme, en nombre de las ilustres personalidades de las que soy humilde intérprete, felicitar a los iniciadores de esta institución y, de manera particular, a los miembros de la comisión organizadora de las Jornadas que van a concluir y que tuvieron, repito, un esplendor digno de las otras manifestaciones jubilares. Pero fuera injusto no citar, especialmente, un nombre que salta de todos los corazones y sube a todos los labios: Beckers. Permitidme, así mismo, dar las gracias a la comisión local y a las autoridades administrativas y universitarias liejesas, y expresar todas nuestras simpatías a los colegas de esta ciudad, por la acogida que se nos ha dispensado. Hemos sido tratados con magnificencia, tanto material como espiritualmente, y hemos tenido, en la sesión de esta mañana, una demostración de la ciencia médica liejesa, cuyo gran valor es universalmente conocido y apreciado.

Se ha repetido que la humanidad llegará a la Paz por medio de las relaciones, cada día más estrechas, entre los hombres de ciencia; se ha dicho que solo la ciencia es capaz de cumplir el milagro; es cierto, pero la medicina es la que desempeña el papel principal en esta misión de reunir a la humanidad entera en la aspiración única de disfrutar, apaciblemente, de la vida durante su paso por la tierra. Es la medicina la que, después de su transformación reciente, se ha apoderado de casi todos los conocimientos para utilizarlos en su obra de curar, a menudo, de aliviar, algunas veces, y de consolar siempre. Ella es la que enjuga las lágrimas de todas las miserias, la que mira todos los gestos de la desesperación, las muecas del sufrimiento y los rictus de la locura; es ella la que vierte, cada día, el bálsamo de la piedad y de la misericordia en todas las llagas morales y físicas de la familia de los hombres. Nosotros, los médicos, que hemos auscultado miles de corazones, podemos trazar, después de un trabajo de elaboración sintética, el ritmo del corazón total de la humanidad; sabemos, mejor que nadie, cuáles son las aspiraciones, las inquietudes y los temores de nuestros semejantes y somos nosotros, los médicos, los encargados de alcanzar ese alto ideal de confraternidad universal; nuestro arte es el medio el más seguro y tenemos la obligación de defender nuestra obra, ¿Para qué preparar a los niños, aun antes de su nacimiento, para qué los cuidados de la eugenesia y de la puericultura y todos los esfuerzos de la medicina preventiva, para qué producir juventudes hermosas, sanas y fuertes si, después de tantos desvelos y atenciones, nos las arrebatan para arrojarlas a las fauces del espantoso Minotauro?

Las reuniones, de las que las «Jornadas Médicas» constituyen el tipo, son las que, poniendo en relación a los médicos de todo el mundo, harán

la mejor propaganda en favor de la obra de amor y de fraternidad universales.

La medicina tiene, cada día, una influencia más grande sobre el alma colectiva; es hacia ella donde se vuelven los ojos despavoridos de la humanidad cuando los desastres que son las grandes epidemias y las guerras perturban el equilibrio de la conciencia universal, cuando el orden social se trastorna y los escépticos gritan que la moral ha fracasado, la medicina es la que se encarga de desmentirlos, pues ella es la que guarda el tesoro sagrado para devolverlo, pasada la tormenta, aumentado con los sacrificios y con la abnegación de todos sus servidores, desde el gran sabio y el hábil cirujano, hasta el modesto camillero y la enfermera, cuyo uniforme, glorioso por mil títulos, se ha elevado hasta el privilegio de la realeza por haber revestido a una soberana caritativa y encantadora, la que siempre ha demostrado su devoción a la ciencia y su amor a la humanidad.

Señores: dando una prueba de la solidaridad que une a los médicos del mundo, permitidme honrarnos al honrar a un maestro venerado; su gloria es nuestra, de todos, pero es, particularmente, una gloria belga. El es el representante actual de la progenie que comienza con Vesalio y pasa por Van Gehuchten, Van Beneden, Depage y Heger, para no citar más que algunos; él es la encarnación de la Bélgica médica. En nombre de los médicos de cuarenta y ocho naciones aquí representadas, rindo un respetuoso homenaje, lleno de admiración y de estima, a la ciencia médica belga: yo saludo a Jules Bordet.

Ahora, quisiera la lira de un trovador provenzal para desgranar rondeles galantes en elogio de las damas belgas. Nos han acompañado a todas las manifestaciones sociales y artísticas y se las ha visto, numerosas, en las conferencias y aun en las hospitales. Flores de gracia y de hermosura trenzadas a los laureles de la ciencia, pusieron el gusto de la miel y el perfume de la rosa en la austeridad propia de los asuntos médicos. Han sido tan gentiles con nosotros y tan cordiales con sus hermanas venidas del extranjero, se les han escuchado comentarios tan discretos y tan justos, que se reconoce, con placer, que han añadido la riqueza de una educación moderna a la herencia de encanto, de talento y de elegancia que han recibido de las que fueran el adorno, el más bello, de la Corte de Borgoña.

Para concluir mi encomienda, os invito a brindar por la salud de la Pareja Real que descenderá del Trono para pasar a la posteridad por la puerta de la Gloria; por la ventura del país del Mosa y del Escalda, por la gloria eterna de la Bélgica una e indivisible; por la prosperidad creciente de la provincia de Lieja; por el progreso de la Ciudad Ardiente, antorcha de la ciencia, colmenar de trabajo, escudo del heroísmo.

